

Del movimiento católico a la Acción Católica. Continuidad y cambio, 1900-1930

FELICIANO MONTERO
Universidad de Alcalá

En el tiempo de León XIII y los congresos católicos españoles de fines del siglo XIX, los términos movimiento católico y acción católica se utilizaban indistintamente para referirse a la acción pública y organizada de los católicos frente al mundo liberal en los diversos frentes, propagandístico, educativo, social y político. Una acción que se expresaba mediante una serie de «obras» sostenidas por diversas asociaciones y organizaciones, de origen e impulso diverso, que tendían a ser unificadas o coordinadas en una sola organización parroquial, diocesana y nacional, bajo los auspicios y directrices de la jerarquía eclesiástica. Este objetivo coordinador fue precisamente el fin principal de la serie de congresos católicos nacionales que se celebraron en España en la última década del siglo XIX, siguiendo el modelo de la organización italiana *Opera dei Congressi*.

En 1908 el nuncio en España, Vico, planteó una encuesta interna a los obispos y principales líderes del movimiento católico español sobre la posibilidad de aplicar a España el modelo de organización de la Acción Católica que el papa Pío X había propuesto en Italia para superar las tensiones internas en el seno de *L'Opera dei Congressi*. La propuesta consistía en agrupar las distintas obras en tres «uniones» u organizaciones, coordinadas pero autónomas, para cada uno de los tres frentes: la unión popular para la propaganda, la unión profesional para los sindicatos y la unión electoral para la acción política. La respuesta mayoritaria de los obispos encuestados coincidió en la imposibilidad de organizar en España el frente político-electoral porque podría provocar más perjuicios que beneficios, teniendo en cuenta la pervivencia de la división política de los católicos. En cambio, consideraban bastante logradas las otras dos uniones; bastaría reforzar lo existente. En efecto, especialmente a partir del Congreso de Burgos (1899)

se había configurado con muchas limitaciones una organización centralizada y unitaria de la Acción Católica con dos ramificaciones paralelas: una junta central de Acción Católica para la propaganda y el conjunto de obras y un secretariado nacional de corporaciones católico-obreras para las obras profesionales y sindicales (inicialmente los círculos católicos de obreros y los gremios). Ambas organizaciones estaban presididas por el segundo marqués de Comillas, Claudio López Bru, que se convirtió hasta su muerte, en 1925, en el patrocinador y director del movimiento católico¹.

Durante el pontificado de Pío XI, en el contexto del auge fascista en Italia, se va abriendo camino un nuevo modelo de Acción Católica, consecuencia a la vez de un proceso de maduración interna y de las exigencias impuestas por el nuevo contexto político. En el nuevo modelo ha madurado un proceso progresivo de «distinción de planos», entre la acción católica propiamente dicha (apostólica, formativa, y estrictamente dependiente de la jerarquía al servicio de su misión evangelizadora), la acción sindical y profesional (los sindicatos católicos) y la acción política (el partido católico).

En tanto que organización seglar al servicio de la misión de la Iglesia, y por ello en estricta dependencia de la jerarquía, la Acción Católica quedaba bajo su control y vigilancia y también bajo su cobertura frente a intromisiones del Estado. En el nuevo modelo de Estado totalitario o autoritario no cabían otras organizaciones sindicales o políticas que las promovidas por el Estado. Por tanto, en los concordatos de la Iglesia con los Estados fascistas sólo serán permitidas asociaciones católicas exclusivamente dedicadas a fines «religiosos». Por ello, la nueva Acción Católica insistía siempre como seña principal de identidad en el apoliticismo, aunque en su programa formativo la educación cívica y la formación en los valores de la doctrina social de la Iglesia implicara una forma de educación prepolítica o parapolítica.

Las tensiones con los Estados fascistas y la rivalidad de las organizaciones juveniles y de encuadramiento se plantearon de forma recurrente en Italia. La historiografía italiana ha estudiado con detalle la crisis de 1931, que provocó la defensa pública del nuevo modelo de Acción Católica por parte de Pío XI. Los cambios estatutarios de la Acción Católica italiana en esos años, especialmente las bases de 1939, que prácticamente eliminan o ponen entre paréntesis la dirección seglar de ésta, son igualmente reveladores de esta tensión recurrente. En algunos sectores de la Acción Católica italiana, especialmente la universitaria (FUCI), y los graduados, es donde se refugió la discreta resistencia que sería el origen del renacimiento del movimiento católico y de la democracia cristiana al final de la Segunda Guerra Mundial².

¹ Sobre el Marqués de Comillas, la tesis inédita de Enrique Faes Díaz, *El empresario Claudio López Bru, Segundo Marqués de Comillas. Apostolado social, influjo político y liderazgo católico en la Restauración (1883-1925)*, Madrid, UNED, 2006; estudio biográfico que ha consultado la relación del Marqués como vicedirector de la Junta de Acción Católica con la presidencia jerárquica las diversas iniciativas tomadas así como su papel en la orientación de *El Universo*.

² Una exposición sintética de los conflictos de la Acción Católica italiana con el régimen fascista, en E. Preziosi, «La relación entre la Iglesia, la Acción Católica y el fascismo», *La Acción Católica durante el franquismo, XX Siglos* 49, 2001. La tensión de la Acción Católica italiana con el régimen fascista se planteará en España, y no en el mismo grado, en los primeros años de configuración de la «nueva España» en plena guerra civil. Una reunión de consiliarios de la Acción Católica española en el monasterio de Irache en

En los países no fascistas, el movimiento católico tendió a consolidar sus organizaciones sindicales y políticas, paralelamente a la Acción Católica propiamente dicha, demandando en el interior de la Iglesia una cierta autonomía. La historia interna de la Acción Católica en los diversos países está atravesada por conflictos y tensiones recurrentes entre las organizaciones seculares y la jerarquía por el ejercicio concreto de esa autonomía en el terreno sindical y político.

Así pues, entre el tiempo del movimiento católico y el de Acción Católica en sentido estricto se puede apreciar una continuidad pero también cambios significativos, que justifican la distinción conceptual y temporal que proponemos. Continuidad en los objetivos principales (recristianización o restauración social del «reinado de Cristo») y en la dependencia de la orientación doctrinal de la jerarquía eclesiástica; cambio en la progresiva distinción o separación de «planos» o espacios de acción y presencia y en la reclamación de una mayor autonomía «aconfesional» para la acción sindical y política. Pero, sobre todo, la diferencia venía forzada por las exigencias de los concordatos con los estados fascistas, que no podían tolerar asociaciones sindicales y políticas distintas de las promovidas por el Estado y el partido único. Para Ángel Herrera, a la altura de 1934, al mirar la conflictiva relación de la Alemania nazi con la Iglesia, el verdadero reto no era ya el viejo anticlericalismo decimonónico sino el Estado totalitario que disputaba directamente a la Iglesia la educación de la juventud; y la respuesta católica más adecuada no era tanto la acción política (el partido católico), sino la Acción Católica como lugar alternativo de educación de la juventud:

... los partidos aspiran a convertirse en instituciones permanentes del Estado. En asimilarse al Estado mismo. Los partidos políticos se convierten en órganos de propaganda y de apostolado del Estado. Son, si me permitís la frase, al Estado, como la Acción Católica a la Iglesia. Los partidos propenden a ser escuelas. Más bien que partidos políticos son comuniones político-religiosas. De ahí el que los partidos políticos no toman ya a los ciudadanos hechos, sino que aspiran ellos a formales a su imagen y semejanza³.

LA ACCIÓN CATÓLICA DE COMILLAS

El segundo marqués de Comillas, Claudio López Bru, fundó y sostuvo bajo su patrocinio un diario, *El Universo*, como órgano de expresión de un movimiento católico unitario. Como vicepresidente de la Junta Central de Acción Católica (el presidente era

Navarra, en 1937, afronta directamente la cuestión de la legitimidad, compatibilidad y posible rivalidad entre la Juventud de Acción Católica y las Juventudes de Falange: «Juventud de A.C. Ideal, Organización», Semana sacerdotal, Monasterio de Irache, Pamplona, del 25 al 30 de abril de 1937. La publicación de las ponencias de este encuentro con un prólogo de monseñor Pizzardo, aludiendo al modelo italiano de relación entre la Acción Católica italiana y el fascismo, deja constancia de esta tensión latente. La incompatibilidad finalmente se manifiesta con la disolución impuesta por el nuevo régimen, dentro del espíritu del decreto de unificación, de las organizaciones profesionales católicas: la importante confederación agraria (CONCA), la incipiente sindical obrera (CESO), los estudiantes católicos.

³ Ángel Herrera, «Acción Política y Acción Católica», lección en la Semana Social de Zaragoza, 1934, publicada por José Monge y Bernal como prólogo de su libro *Acción popular, estudios de biología política*, 1936, ob. cit., págs. 23-45.

el obispo de Madrid), trató de impulsar la organización diocesana y parroquial de las obras católicas mediante unas primeras asambleas nacionales de juntas diocesanas de Acción Católica en 1912 y 1914 y, sobre todo, coordinó una serie de campañas de movilización en defensa de la escuela católica, las congregaciones religiosas y la enseñanza de la religión en la escuela. Paralelamente, desde el Consejo Nacional de Corporaciones Católicas, impulsó y coordinó las «obras» sociales y sindicales, especialmente en estrecha connivencia con la iniciativa de los jesuitas, primero con el padre Antonio Vicent y luego con el padre Sisinio Nevares. En ese terreno tomó partido en defensa del modelo sindical preferentemente «mixto» y estrictamente confesional, enfrentándose a otros propagandistas del catolicismo social. En el terreno del movimiento católico y del catolicismo social, el segundo marqués de Comillas marca y preside una etapa, que llega hasta su muerte en 1925, pero que, de hecho, domina sobre todo hasta el primado de Guisasola (1914-1920), quien trata de imprimir una línea sindical menos paternalista apoyándose en el Grupo de la Democracia Cristiana⁴.

LA PRIMERA ASAMBLEA DE JUNTAS DIOCESANAS DE ACCIÓN CATÓLICA (1912, MADRID)

Un cuadro de esta primera Acción Católica, entendida como conjunto de obras piadosas, catequistas, escolares, asistenciales, sociales y recreativas, que tendía a organizarse según el modelo propugnado en los congresos católicos en juntas parroquiales y diocesanas se puede apreciar en la Asamblea diocesana celebrada en Barcelona en 1910 y en la primera Asamblea nacional de juntas diocesanas que se reunió en Madrid en 1912 bajo la presidencia del marqués de Comillas⁵. La asamblea trataba de impulsar la coordinación parroquial y diocesana de todas las «obras católicas», siguiendo las normas propugnadas por el cardenal Aguirre en 1910⁶. De acuerdo con esas normas apenas se mencionaba la organización de un partido católico, pero sí se repasó la estrategia que se debía seguir en la campaña de movilizaciones contra la Ley de Asociaciones de Canalejas y la regulación de la enseñanza de la religión en las escuelas. El balance de las juntas diocesanas (33) y consejos diocesanos de corporaciones católico-obreros (42)

⁴ Una síntesis breve de las iniciativas de Guisasola y de las resistencias que suscita, incluido el proceso al Grupo de la Democracia Cristiana, en Feliciano Montero, *El movimiento católico*, Madrid, Eudema, 1993, págs. 42-52. La larga polémica de Arboleya con Comillas y los «comillistas», en Domingo Benavides, *El fracaso social del catolicismo español. Arboleya Martínez, 1870-1951*, Barcelona, Nova Terra, 1973, y en la nueva edición abreviada, *Maximiliano Arboleya (1870-1951). Un luchador social entre las dos Españas*, Madrid, BAC, 2003.

⁵ La Asamblea Nacional se celebró en Madrid del 23 al 26 de noviembre de 1912. Presentaron informes diocesanos las juntas de Ciudad Real, Oviedo, Valladolid, Santander, Santiago, Barbastro, Granada, Pamplona, Sevilla, Orense, Zamora, Calahorra-Logroño, Teruel, Valencia, Palencia, Jaca y Madrid. Toda la información sobre la Asamblea extraída de la crónica oficial editada por la Junta Central de Acción Católica, *Primera Asamblea nacional de juntas diocesanas de Acción Católica*, Madrid, 1912.

⁶ Una glosa amplia de las normas y de su proceso de gestación con referencia exhaustiva a la documentación vaticana, en Andrés Martínez Esteban, *Aceptar el poder constituido. Los católicos españoles y la Santa Sede en la Restauración, 1890-1914*, Madrid, San Dámaso, 2006.

constituidos ilustra el mantenimiento de dos organizaciones paralelas, una para el conjunto de «obras» católicas y otra específica para las obras sociales (los círculos católicos de obreros, los gremios y los sindicatos).

De los informes diocesanos presentados en la Asamblea se desprende el buen nivel organizativo alcanzado en las diócesis de Barcelona, Valencia y Madrid. El cuadro de «obras» católicas presentado por el informe de Madrid es una muestra significativa de la concepción y la organización pluriforme de esa Acción Católica:

Obras sociales: «Los Círculos Católicos de obreros, con sus clases, sus conferencias, sus mutualidades, su semanario *El Eco del Pueblo*, su revista *La Paz Social* y sus doce Sindicatos [...] la escuela y talleres de mecánica y electrotecnia que han montado los Padres Jesuitas; la labor del Centro Popular de la Inmaculada con sus seis Sindicatos, [...] los demás Patronatos de jóvenes artesanos y el bien constituido Sindicato femenino.»

Obras religiosas: la Obra de las Marías (obra de señoras encargadas de promover el culto en parroquias rurales), la Adoración Nocturna y el Apostolado de la Prensa.

Obras benéficas: «las Conferencias de S. Vicente, la Beneficencia domiciliaria, la Venerable Orden Tercera, el Patronato de enfermos, la Santa Hermandad del Refugio, los dispensarios antituberculosos, el Ropero de Santa Victoria, los talleres de Santa Rita y la multitud de Asilos para niños, jóvenes y ancianos que sostiene la caridad privada.»

Obras escolares: las «escuelas gratuitas diurnas y nocturnas sostenidas unas por las juntas parroquiales, y otras por las conferencias de S. Vicente de Paul, la Asociación de Católicos, dos Asociaciones de Señoras, y Comunidades religiosas tanto de mujeres como de hombres».

EL IMPULSO DE GUIASOLA. LA ACCIÓN CATÓLICA DE LA MUJER

La verdad es que en el caso de España la coordinación del conjunto del movimiento católico hasta 1914 fue más bien débil, y su capacidad financiera escasa y excesivamente dependiente del patronazgo del segundo marqués de Comillas. Aparte de la división política que hacía difícil poner en práctica el consejo de las coaliciones electorales, en la acción sindical dominaron también, salvo en el sector rural, las divisiones y polémicas. En este contexto, el primado de Guisasola, que coincide con la crisis social y política de la Restauración, significó un cambio importante, porque por primera vez puso las bases de una financiación estable y específica de la Acción Católica, «el tesoro de la acción católica». También porque trató de impulsar la acción sindical, creando sendas confederaciones nacionales para el sindicalismo rural y el obrero. La confederación católica agraria se constituyó fácilmente a partir de una red diocesana (federal) bien desarrollada especialmente a partir de la Ley de Sindicatos Agrarios de 1906. Pero la confederación obrera no logró superar las fuertes divisiones entre el modelo más confesional y paternalista (el «comillista») y el más «profesional» y «puro» de los «libres» de Arboleya y Gafó que propiciaban los propagandistas del Grupo de la Democracia Cristiana. Guisasola se apoyó sobre todo en los propagandistas del Grupo de la Democracia Cristiana, compartiendo con ellos el proceso de sospecha «modernista» que alentó la prensa integrista.

Pero además de ese impulso al catolicismo social y al sindicalismo agrario y obrero, Guisasaola apoyó la constitución de asociaciones como la Acción Católica de la Mujer que serán la base de la nueva Acción Católica según el modelo de Pío XI. Estudios recientes han perfilado acertadamente el significado y alcance de la Acción Católica de la Mujer en el contexto del auge feminista del momento. La Acción Católica de la Mujer, en estrecho contacto con iniciativas internacionales, trataba de responder desde la perspectiva cristiana al reto feminista. Un feminismo «sano», prudente, católico, frente a los riesgos del feminismo laico. En línea por tanto con las otras iniciativas del movimiento católico, pero con la novedad de que asumía parte del discurso emancipador de las mujeres. La nueva historia de género ha subrayado el papel intermedio jugado por las iniciativas de la Acción Católica de la Mujer en la creación de una conciencia nueva, y en la ruptura de facto de la estricta separación espacio público-espacio privado. A través de la acción asistencial y social, preferentemente reservada a las mujeres y a las nuevas congregaciones religiosas, las mujeres católicas, sin romper con el ideal familiar y con sus roles domésticos tradicionales, afirmaron su presencia y protagonismo en el espacio público, la necesidad de formarse y profesionalizar esa tarea; y, por tanto, afirmaron la legítima compatibilidad de sus tareas domésticas y familiares, nunca relegadas, con el ejercicio de esas otras tareas públicas. Amelia García Checa⁷, en su estudio de Barcelona, ha reconstruido las actividades desplegadas por la Biblioteca de la Dona, por el incipiente sindicalismo católico femenino y por la red de mutualidades femeninas. Tres manifestaciones de un mismo impulso feminista católico. Inmaculada Blasco⁸ en su estudio sobre las «paradojas de la ortodoxia», basándose fundamentalmente en los órganos de expresión de la propia asociación, ha puesto de relieve las diversas iniciativas educativas, sociales y asistenciales, y finalmente políticas, planteadas por la Acción Católica de la Mujer en el contexto favorable y proteccionista de la dictadura de Primo de Rivera.

La Acción Católica de la Mujer nació en la crisis de la Restauración (1919-1920), recogiendo diversas iniciativas personales, pero desplegó su mayor actividad en el tiempo de la dictadura. Los trabajos y conclusiones de la III Asamblea de la Asociación, en 1926, año también en el que se promulgaron las nuevas bases de la Acción Católica española, revelan bien su orientación claramente feminista: sus propuestas de reforma del Código Civil, su defensa de una política socio-laboral específicamente destinada a las mujeres trabajadoras, uno de cuyos puntales era el seguro de maternidad; pero también, en su dimensión política, su defensa del sufragio femenino y su colaboración activa en la política municipal (mujeres concejales) y en la nacional (presencia en la asamblea nacional consultiva). Todo este impulso feminista católico era claramente innovador en el contexto del catolicismo y de la mentalidad de la época, pero al mismo tiempo encajaba plenamente con el proyecto regenerador patriótico y católico de la dictadura de Pri-

⁷ Amelia García Checa, «Ideología y práctica de la acción social católica femenina. Cataluña 1900-1930», Tesis doctoral inédita, Barcelona, Universidad de Barcelona, 2001. Véase su capítulo en este libro.

⁸ Inmaculada Blasco Herranz, *Paradojas de la ortodoxia. Políticas de masas y militancia católica femenina en España (1919-1939)*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2003. Véase también María Salas, *Las mujeres de la ACE, 1919-1936*, Madrid, Federación de Movimientos de ACE, 2003.

mo⁹. Por ello, recibió su apoyo y protección. Como en otros temas (el modelo de sindicalismo profesional o aconfesional de Gafo) la iniciativa feminista católica de la Acción Católica de la Mujer, probablemente, contaba más con el apoyo del régimen político que con el de la propia Iglesia.

El protagonismo y el impulso social de la Acción Católica de la Mujer parecen diluirse o desaparecer en la coyuntura republicana. Tanto I. Blasco como M. Salas constatan este giro y tratan de encontrar una explicación. Por una parte, según Blasco, la corriente internacional pronatalista y nacionalista de los años 30 invitaba a una vuelta de la mujer a sus roles y espacios tradicionales. Por otra parte, la específica coyuntura española, a contrapelo de la internacional, impuso sus condiciones. En el momento inicial de la República y durante el primer bienio las mujeres católicas prestaron anónimamente todo su apoyo a la movilización defensiva de los católicos frente a la política republicana, reafirmando y centrando su trabajo en la defensa de valores y tareas que por otra parte nunca habían sido cuestionadas. Quizá no se pueda entender bien el vuelco electoral de 1933 sin la aportación y movilización de estas mujeres católicas, bien implantadas ya en 1930. En el segundo bienio, conseguido el objetivo político, las mujeres católicas parecen quedar relegadas, en el seno de la nueva Acción Católica, junto a la Juventud Femenina de Acción Católica, a tareas exclusivamente formativas y asistenciales; como si las otras preocupaciones y tareas más propiamente feministas y políticas hubieran sido desbordadas por el feminismo laico y cuestionadas por el movimiento católico. Quizá lo que se produjo fue una división del trabajo. La acción política se proyectó en la Acción Femenina de Acción Popular, mientras que la Acción Católica de la Mujer se centraba en tareas exclusivamente apostólicas, educativas y asistenciales. Sería preciso estudiar en el plano diocesano la militancia de las Mujeres en la Acción Católica y en la Acción Femenina de Acción Popular¹⁰.

LA ACNP Y LA JUVENTUD CATÓLICA

LA ASOCIACIÓN CATÓLICA DE PROPAGANDISTAS

La joven Asociación Católica de Propagandistas (ACNP) nació en 1908, como una iniciativa minoritaria de un grupo de ex alumnos selectos, congregantes, de los colegios jesuitas, bajo el impulso del padre Ayala. Su influencia en el conjunto del movimiento católico se fue haciendo progresivamente notable a partir de y a través del diario *El Debate* y, ya en la década de los 20, en la fundación de asociaciones ju-

⁹ Un cuadro general de la aportación católica a la dictadura primorriverista en Carmelo Adagio, *Chiesa e nazione in Spagna. La dittatura di Primo de Rivera (1923-1930)*, Milán, Unicopoli, 2004; y en Alfonso Botti, «La Chiesa di fronte a un regime autoritario. La dittatura di Primo de Rivera come "occasione perduta"», en Daniele Menozzi y Renato Moro (eds.), *Cattolicesimo e totalitarismo. Chiese e culture religiose tra le due guerre mondiali (Italia, Spagna, Francia)*, Brescia, Morcelliana, 2004.

¹⁰ Estas son hipótesis necesitadas de verificación. Amplia referencia a *Acción Femenina*, en José Monge y Bernal, *Acción Popular. Estudios de biología política*, Madrid, Imp. Sáez Hermanos, 1936, págs. 201-221.

veniles y estudiantiles, y en el liderazgo de sindicatos rurales y profesionales preexistentes.

En la campaña social promovida por *El Debate* en 1922, a última hora suspendida, se esboza un plan global de Acción Católica como campaña propagandística, tal como la entendía Ángel Herrera, en el que se anticipan algunas iniciativas y organizaciones puestas en marcha en los años de la dictadura y la República. La campaña social era un proyecto de Herrera para impulsar el movimiento católico en la dirección que el propio Herrera y la ACNP consideraban fundamental: desarrollar la influencia católica en el plano intelectual y universitario y en el periodístico, con especial atención a la proyección hispanoamericana, en el contexto de la crisis social y política que atravesaba el país¹¹.

Los objetivos sociales y políticos de la gran campaña social, definidos por el propio Herrera y planteados en las convocatorias de la jerarquía, expresan muy bien el programa de Herrera y de la ACNP entonces y después. Dentro de la enorme ambición de los objetivos, el primero y quizá más significativo era la fundación de una «universidad social» de carácter hispanoamericano, centrada en la formación de élites católicas en el campo de la acción política, la administración pública y la propaganda¹². En la misma universidad se atendería la formación de propagandistas y líderes obreros (el futuro Instituto Social Obrero, ISO). La universidad fomentaría tanto el estudio de la tradición histórica y literaria nacional como el análisis de los problemas del mundo contemporáneo, surgido de la Primera Guerra Mundial. A esta primera y fundamental finalidad, la universidad social, cuya financiación ya agotaría la colecta más generosa, seguían otras tantas «finalidades» de alcance teórico y práctico diverso: la fundación de escuelas primarias y profesionales en torno a las parroquias, el impulso a la prensa católica, la base económica para crear una caja de pensiones para el clero, la financiación de la actividad organizativa de los sindicatos católicos y, finalmente, un 5 por 100 de la colecta para «socorrer a los niños desvalidos de Rusia y la Europa central». Además se reservaba una partida, de libre disposición del Rey, destinada a fines patrióticos relacionados con «la actual guerra» (la guerra de Marruecos). Para la financiación de todo este elenco tan ambicioso de obras se pensaba en la organización de una gran recaudación que nunca se llevo a cabo. Pero la primera de las finalidades, tal como la definió Herrera, sí que llegó a materializarse, especialmente en los años de la República, con la fundación del CEU.

En el panorama del catolicismo español de los años veinte la novedad de la ACNP y *El Debate*, que marca la fuerte personalidad y liderazgo de Ángel Herrera, consiste en la asunción plena de las directrices posibilistas de León XIII en sus encíclicas. Su proyecto comienza quizá a plantearse en el contexto de la dictadura de Primo de Rive-

¹¹ Documentación vaticana sobre la campaña social de 1922, en Vicente Cárcel Ortí, «Benedicto XV y el catolicismo social español», *Analecta Sacra Tarraconensia* 63-64, 1990, págs. 7-152 y en el archivo del Palacio Real, 15601/10. Referencia sobre la implicación del Rey Alfonso XIII, en J. Tusell y G. Queipo de Llano, *Alfonso XIII. El rey polémico*, Madrid, Alianza, 2001, págs. 384-388.

¹² Se preveía la fundación de tres facultades, de Ciencias Políticas, de Ciencias Administrativas y de Ciencias Sociales, y una Escuela de Periodismo.

ra, con la que colaboran varios de sus miembros y en cuyo tiempo adquiere un notable impulso la Confederación de Estudiantes Católicos, fundada y dirigida por miembros de la ACNP. También en esos años madura la organización de la Juventud Católica¹³.

¿UN PARTIDO CATÓLICO NUEVO? EL PARTIDO SOCIAL POPULAR

En esa misma coyuntura crítica del final de la Restauración en la que se planteó la campaña social, nació y se frustró enseguida ese proyecto de partido católico «popular» que parecía superar los obstáculos tradicionales a la constitución de un partido católico unitario, a la vez que integrar en su programa las reivindicaciones tradicionales de la «restauración católica» con los objetivos sociales de la primera democracia cristiana. La fundación del partido social popular (PSP) guarda, como es lógico, una estrecha relación con toda la historia anterior del movimiento católico en España. En su constitución, como hace tiempo estudió Óscar Alzaga, confluyeron hombres de diversas plataformas y procedencias católicas. Unos más directamente políticos, los hombres del tradicionalismo desertores de la causa dinástica, o algunos mauristas; otros, procedentes del catolicismo social; otros, los más jóvenes, de la Asociación Católica Nacional de Propagandista. Estos últimos, junto con *El Debate*, jugaron un papel esencial en el proceso de gestación del partido, la asamblea fundacional y las primeras campañas propagandísticas.

El surgimiento del PSP en el movimiento católico español supone un salto cualitativo y un hito fundamental en su historia. De un lado, porque significaba la superación de la eterna cuestión pendiente del partido católico. De otro, porque implicaba la distinción, fundamental en el periodo de Pío XI, de la Acción Católica propiamente dicha, las «obras económicas y sociales» (sindicatos, etc.), con un cierto grado de autonomía, y un partido político, necesariamente autónomo, y, por ello, aconfesional. La aconfesionalidad del PSP, una de sus características esenciales, era un factor innovador en el panorama del catolicismo y de la vida política española. Pero, seguramente, todas estas «anticipaciones» eran algo prematuras en el caso del movimiento católico español. La dictadura de Primo de Rivera, como veremos, además de frustrar esta primera experiencia de «partido popular» (o demócrata-cristiano), volvería a poner sobre el tapete la estricta confesionalidad, como objetivo y condición, de todas las obras católicas, dejando marginados a los partidarios, como el padre Gafó, de la distinción de planos: apostólico, profesional, socio-económico, político.

A pesar de lo fugaz de la experiencia y del buen estudio pionero de Óscar Alzaga¹⁴, valdría la pena retomar el análisis de este primer intento de partido católico demócrata cristiano, homólogo y coetáneo del partido popular de don Sturzo. En la amalgama de

¹³ Véase Chiaki Watanabe, *Confesionalidad católica y militancia política: la Asociación Católica nacional de propagandistas y la juventud católica española (1923-1936)*, Madrid, UNED, 2003.

¹⁴ Óscar Alzaga, *La primera democracia cristiana en España*, Barcelona, Ariel, 1973; cfr. también la referencia de Javier Tusell, en *Historia de la democracia cristiana en España*, Madrid, Edicusa, 1974. Desde entonces el tema no ha sido estudiado.

programas, tradiciones y propagandistas que aglutina, cuya decantación apenas da tiempo a perfilar por la irrupción del golpe de Primo de Rivera, una cuestión que hay que dilucidar es si el partido social popular es la culminación de un ciclo «viejo», que venía demandando desde hace tiempo ese partido católico unitario, o el anticipo prematuro, en momento especialmente inoportuno por el golpe de Primo, de un partido católico nuevo, social, democrático y descentralizador (regionalista), antecedente inmediato de la futura CEDA.

LOS ESTUDIANTES CATÓLICOS¹⁵

Los Estudiantes Católicos nacen en 1920 como asociación madrileña, ligada a la Universidad Central, por iniciativa de la Asociación de Propagandistas (ACNP) en 1920. La obra se difunde pronto en otras capitales universitarias y no universitarias, creándose las correspondientes asociaciones y federaciones, entre los estudiantes universitarios y los de bachillerato. Entre 1921 y 1923, celebra algunas asambleas, participa en reuniones internacionales de los estudiantes cristianos, toma diversas iniciativas en el ámbito de la enseñanza universitaria y secundaria. En enero de 1923, en Zaragoza, se constituye como confederación y celebra su primera asamblea nacional, a la que siguen anualmente otras tantas Asambleas en Sevilla (1924), Valencia, Valladolid (noviembre de 1925) y Granada (octubre de 1926)¹⁶.

La naturaleza y los objetivos de la confederación se definen en un doble plano: como asociación «profesional», análogamente a los sindicatos, y como asociación «cultural» y formativa. Y, por supuesto, como asociación confesional católica, inspirada en los valores y directrices de la doctrina católica, fiel por ello a las orientaciones de la jerarquía eclesiástica. En el plano profesional, la confederación había ido definiendo en sus años de vida (1920-1926) un programa «integral» de reformas docentes, marcado por dos grandes objetivos, respectivamente en la universidad y en el bachillerato. En la universidad la progresiva instauración de una autonomía universitaria; y en el bachillerato el respeto a la libertad de enseñanza entendida como libertad de elección de centro por parte de los padres, es decir, la coexistencia de centros privados y públicos con los mismos derechos, atribuciones y competencias en exámenes, títulos, etc. También la defensa de un bachillerato clásico de Humanidades, frente a un modelo más enciclopédico y utilitario.

Como asociación cultural, la confederación había tratado de ofrecer a los estudiantes una formación sólida a través de la práctica, en grupos pequeños de 15 a 20, de «círculos de estudios»; y mediante una oferta diversa de conferencias, actividades

¹⁵ Según la *Memoria* escrita por el secretario general de la Confederación, Alberto Martín Artajo, en enero de 1927, publicada en *Juventudes Católicas españolas*, vol. 3 de la publicación *Juventudes Católicas*, escrita por los jesuitas de Fomento Social; el vol. 3, según Florentino del Valle, había sido escrito por Nevares.

¹⁶ Martín Artajo, *Memoria*, págs. 211-214, resume asambleas de la confederación y de las federaciones entre 1920 y 1926.

literarias y de recreo, cursos de lenguas, etc. Esa oferta formativa y cultural, además de propagandística, cobraría especialmente relieve en la fiesta anual del estudiante, el día de Santo Tomás de Aquino, establecida oficialmente a partir de 1922. La Casa del Estudiante sería el lugar de encuentro de los asociados, de celebración de conferencias y reuniones, de prestación de algunos servicios como biblioteca o sala de estudio. La confederación aspiraba a ofrecer más servicios materiales mediante la creación de un secretariado de información escolar, y la constitución de una cooperativa de libros. A comienzos de 1927 ambas iniciativas seguían pendientes de creación¹⁷.

La Confederación de Estudiantes Católicos no se puede entender, por tanto, fuera del contexto del movimiento católico. Se trata de una iniciativa preferente de los propagandistas, que la fundan y dirigen como objetivo propio; que se inserta en el conjunto de la Acción Católica, que en estos momentos se reorganiza (bases de Reig, de noviembre de 1926), pero conservando la autonomía propia de las organizaciones de acción social o profesional católica; distinta pues orgánicamente de la Juventud Católica española que en estos mismos años se está paralelamente constituyendo, bajo el impulso y la dirección de los mismos propagandistas miembros de la Confederación de Estudiantes.

LA JUVENTUD CATÓLICA

La Juventud Católica masculina se constituyó antes de las bases de 1926, bajo el impulso directo de la Asociación de Propagandistas, en contacto con el movimiento internacional, y con el apoyo del primado Almaraz y del nuevo nuncio Tedeschini. Como en el caso de las mujeres, la asociación juvenil alcanza un desarrollo notable en el tiempo de Primo de Rivera de forma paralela al auge de otras dos asociaciones «profesionales», igualmente impulsadas por los propagandistas: los Estudiantes Católicos y los Padres de Familia. En ambos casos, se trataba de apoyar una determinada política educativa y de reaccionar frente a otras organizaciones estudiantiles laicas que también se desarrollan en esta época¹⁸. Chiaki Watanabe, vaciando exhaustivamente el *Boletín de la ACNP*, ha mostrado la estrecha relación institucional y personal entre la Asociación de Propagandistas y el nacimiento y difusión de estas asociaciones de Acción Católica, fundadas y dirigidas mayoritariamente por ellos mismos, como atestiguan las trayectorias profesionales y apostólicas de los propagandistas.

La Juventud de Acción Católica era quizá la que mejor se ajustaba al nuevo modelo de Acción Católica: su insistencia en el objetivo y la tarea formativa; la práctica del «círculo de estudios» como método innovador de formación activa; la separación y distancia de la actividad política partidaria en un tiempo de reclamo de la militancia juve-

¹⁷ Martín Artajo, *Memoria*, ob. cit., págs. 226-227.

¹⁸ Sobre el desarrollo de la FUE en Valencia y su confrontación con los Estudiantes Católicos, véase María Fernanda Mancebo, *La universidad de Valencia en guerra. De la monarquía a la república, 1919-1939*, Valencia, Universidad de Valencia, 1994.

nil en los partidos políticos¹⁹. La Juventud Católica alcanzó un notable desarrollo orgánico en el tiempo de Primo de Rivera. En esos años se celebraron las primeras reuniones nacionales, se aprobaron sus bases y reglamentos y se fueron constituyendo uniones diocesanas y parroquiales en la mayor parte de España. Uno de los principales objetivos y problemas de esa etapa constituyente era la integración de las asociaciones católicas juveniles preexistentes, generalmente de ámbito supraparroquial y supradiocesano, ligadas a congregaciones religiosas docentes como los salesianos o los jesuitas. La paradoja era que los principales impulsores de la nueva Juventud Católica, miembros de la obra jesuita de las Congregaciones Marianas (vivero también de la ACNP), se resistían naturalmente a disolver su identidad y su autonomía orgánica en el seno de una organización como la Acción Católica, que se definía por su estrecha dependencia de la jerarquía eclesiástica. Esta tensión orgánica acompañó siempre el desarrollo de la Acción Católica. Por lo demás, la definición «apolítica» de la Juventud Católica no ocultaba su estrecha connivencia con los ideales y valores nacionalcatólicos de la dictadura de Primo, y su tendencia natural a colaborar con el régimen. Sin perjuicio de que surgieran algunas pequeñas tensiones en relación con algunas iniciativas concretas como la campaña contra la persecución religiosa en México²⁰.

Como en el conjunto del movimiento católico, el estudio de la Juventud y de sus primeras asambleas ha de tener en cuenta el cambio radical de coyuntura política de 1930-1931. En el tiempo de la República los constantes llamamientos e incluso advertencias sobre el cumplimiento estricto del «apoliticismo» revelan la dificultad de eludirlo, la dificultad de trazar una frontera entre el apoyo político general a las iniciativas defensivas católicas y la militancia concreta en las secciones juveniles de los partidos políticos. Tentación que hasta el último momento tratarán de resistir los dirigentes de la Acción Católica española²¹. Al igual que en las organizaciones europeas, en la Juventud Católica española se iniciaron algunas experiencias de juventudes obreras y campesina. La Acción Católica, especializada emergente en Bélgica y Francia en 1926, trataba también de abrirse camino en España, especialmente durante la República, chocando con algunos recelos y resistencias. Pero como en otros casos se trató de una experiencia incipiente abortada por el estallido de la Guerra Civil²².

LAS BASES DE REIG-NEVARES Y LA ACCIÓN CATÓLICA DE SEGURA

Durante la dictadura de Primo de Rivera la relación de la Iglesia y de los católicos organizados con el régimen fue básicamente de convergencia y colaboración. La Unión Patriótica es de origen católico; y una buena parte de sus miembros y colaboradores del

¹⁹ Sobre la relación de la juventud con la política, véase el dossier coordinado por Eduardo González Calleja, «Juventud y Política en la España contemporánea», *Ayer* 59, 2005.

²⁰ Para todo ello, véase Watanabe, *Confesionalidad católica y militancia política: la Asociación Católica Nacional de Propagandistas y la Juventud Católica Española (1923-1936)*, ob. cit., págs. 130 y sigs.

²¹ Véanse los llamamientos de *La Flecha*, órgano de la Juventud Católica; y las recomendaciones del presidente de la Acción Católica Española, Ángel Herrera en 1935 y 1936 en las Asambleas regionales y diocesanas.

²² Referencias a estas primeras secciones de la JOC en Watanabe, ob. cit., págs. 204, y 271-279.

régimen son católicos. A pesar de ello, se producen tensiones en torno a la aplicación de la organización corporativa, por el protagonismo concedido a la UGT y al partido socialista, en detrimento (es la crítica católica) del movimiento sindical católico. Pero un mayor protagonismo de éste en la organización corporativa dependía de un mayor desarrollo e implantación real en el mundo obrero, superando en primer lugar las tensiones internas entre los «comillistas» y los «libres». Ese mayor protagonismo pasaba por la afirmación del modelo sindical profesional del dominico Gafo frente al modelo estrictamente confesional propugnado por el jesuita Nevares.

De ahí la importancia de la decisión de los primados Reig y Segura de apoyar el modelo confesional de Nevares frente al profesional de Gafo. Se trata de una decisión muy significativa, reveladora de la orientación general «integrista» que imprimió Segura al primer desarrollo de la Acción Católica española, en los años finales de la dictadura.

NEVARES, GAFO, SEGURA Y LA POLÉMICA SOBRE LA CONFESIONALIDAD DE LOS SINDICATOS²³

La vieja polémica sobre la confesionalidad de los sindicatos católicos, y sobre su naturaleza mixta o «pura» (exclusivamente obrera), planteada abiertamente de forma recurrente entre «comillistas» y «libres», especialmente con motivo de la constitución de la Confederación Católico-Obrera en 1919, adquiere caracteres propios y relevantes en el marco de la dictadura de Primo de Rivera, y coincidiendo con la emergencia de la Acción Católica española, según el nuevo modelo de Pío XI. La Organización Corporativa Nacional que trata de implantar el ministro de Trabajo Aunós, con la colaboración, entre otros, del dominico Gafo, era según éste la ocasión para propiciar la unidad de los sindicatos católicos en un solo frente «profesional», capaz de competir con los socialistas en la representación obrera de los comités paritarios, las corporaciones y el Consejo del Trabajo. Para ello era necesario superar la polémica sobre la confesionalidad, distinguiendo claramente, según la argumentación y la propuesta de Gafo, entre la Acción Católica propiamente dicha y la Acción social profesional, que aunque inspirada en valores católicos no exigía a sus socios una práctica católica explícita ni colocaba como objetivo prioritario la recristianización, sino la defensa de los intereses profesionales.

Ya en 1926 en la elaboración de las bases de la Acción Católica española, promulgadas por el primado Reig, el jesuita Nevares, principal redactor de esas bases, había insistido en la explícita confesionalidad de los sindicatos católicos. Y el punto de vista de Gafo se había visto totalmente descalificado por el propio Reig. Fallecido el primado Reig, y recién nombrado Segura, Gafo se apresura a presentarle la urgencia de su pro-

²³ La correspondencia de Nevares con Segura y de éste con Gafo, y los informes privados de Nevares al primado, en Joaquín García Granda y Florentino del Valle Cuesta, *Iglesia y sociedad en la España del siglo XX. El P. Sisinio Nevares y el catolicismo social, t. IV, 1926-1946*, Valladolid, Fundación Escuelas Cristo-Rey Instituto Nevares de Empresarios Agrarios, 1991. A partir de aquí se cita abreviadamente como *Archivo Nevares*.

puesta en el marco del ya iniciado proceso de corporativización. Aún era tiempo de contrarrestar la hegemónica influencia socialista en el orden corporativo. Poniendo por delante su fidelidad y obediencia a las directrices de la jerarquía, argumenta a favor de su propuesta y se defiende de las críticas y descalificaciones de sus opositores. Segura, durante el año 1928, parece guardar silencio, a la búsqueda de unas directrices que reclama de Roma. Pero con el paso del tiempo se vuelven a imponer claramente el criterio confesional de Nevares, expuesto ampliamente en la primera semana de consiliarios y en el primer congreso nacional de la Acción Católica española a finales de 1929.

El jesuita Florentino del Valle, editor del archivo Nevares, resume un extenso informe crítico de éste sobre el pensamiento y la actuación del dominico Gafo, elaborado a instancias del primado Segura²⁴. La crítica doctrinal de Nevares se centraba en la polémica de Gafo con un publicista socialista sobre la compatibilidad de la doctrina social de la Iglesia con el socialismo, en una serie de cartas de Gafo a *El Debate* entre octubre y diciembre de 1928 y, sobre todo, en una conferencia del propio Gafo en 1929, en el Centro de Intercambio Intelectual germano-español, sobre «El momento social de España». La crítica de Nevares se basaba en una síntesis correcta del pensamiento de Gafo sobre la necesidad de separar y distinguir la Acción Católica propiamente dicha y la Acción social profesional. De esa distinción básica se desprendía la conveniencia de dotar a las obras sociales católicas, incluidos los sindicatos, de una cierta autonomía orgánica dentro de las bases de la Acción Católica española recientemente aprobadas (1926), y la de afirmar, sobre todo, la naturaleza y el objetivo eminentemente profesional, y por tanto aconfesional, de los sindicatos católicos. No se trataba sólo de razones tácticas, aconsejadas por la conveniencia de acudir en igualdad de oportunidades a las elecciones en el sistema corporativo, sino de una cuestión de fondo, que anticipaba el criterio de la distinción de planos de Maritain, o el principio de la «autonomía de lo temporal», proclamado en el Vaticano II. En palabras del informe de Nevares, según el resumen de Del Valle:

La Iglesia católica, el catolicismo, los católicos como tales han de concentrar su actividad, la propia de la Acción Católica, en la formación religiosa, cultural y moral de las conciencias, para mantener en ellas vivo y fecundo el principio de la fraternidad humana en todos los hombres, a fin de que éstos, mejor si son católicos prácticos, apliquen ese fecundísimo principio de conducta a todas las manifestaciones de la economía, de la técnica, y de la política, bajo su personal y libre responsabilidad. Por tanto, la Iglesia, los católicos, como tales, no deben, ni tienen derecho a intervenir en la cuestión social sino por medio de esa actuación remota, completamente religiosa y absolutamente separada; porque la cuestión social, lo mismo que las instituciones sociales para resolverlas, son siempre por sí mismas formas contingentes y variables de la historia, de orden puramente temporal, puramente profesional y puramente económico.

²⁴ «Informe dado a instancias del Emmo. y Rvdm. Sr. Cardenal Primado, Arzobispo de Toledo y Director Pontificio de la A.C. española, sobre la doctrina y la actuación sociales del R.P. José D. Gafo, O.P.». Informe que no se reproduce en la edición, pero que glosa ampliamente F. del Valle en la Introducción al vol. IV, págs. 426-429, sintetizando de forma bastante aséptica, aunque asumiendo los criterios de Nevares, los argumentos confrontados de uno y otro.

De donde se deducía la conveniencia y las ventajas del modelo de «sindicato libre», es decir, independiente y separado del orden religioso y moral, netamente profesional.

En sus cartas e informes al primado Segura, Gafo no había ocultado este criterio de fondo, aunque sometiéndolo siempre a las directrices de la jerarquía, y subrayando sobre todo las razones coyunturales que hacían especialmente aconsejable la adopción del sindicato profesional: la urgente necesidad de ser eficaces en la lucha contra los socialistas por la ocupación de la representación obrera en la organización corporativa nacional. Por ejemplo, en una larga carta de 4 de julio de 1928 presentaba con detalle la coyuntura electoral corporativa que debía ser aprovechada por un frente sindical católico unido: «unidos, aliados o inteligenciados muchos de los “indefinidos” (personalmente católicos muchos de ellos) con los libres, los católicos y los vascos, constituirán una verdadera e indiscutible mayoría contra el socialismo». Conminaba directamente al Primado a influir sobre los sindicatos católicos: «Bastaría una sola indicación de V.E. hecha principalmente a los Sindicatos católicos de Madrid para que esa alianza o inteligencia se hiciese en toda España.» Implicaba al propio ministro de Trabajo, Aunós, en ese proyecto que serviría para contrarrestar la hegemonía socialista «que no tiene más remedio que soportar y hasta favorecer». Terminaba su carta ofreciéndose a visitarle en Toledo («tal vez iría también, si se precisase, el Sr. Ministro») para ofrecer todo tipo de explicaciones y proyectos²⁵.

En otra carta de enero de 1929, insistía Gafo a Segura en los argumentos tácticos de la coyuntura corporativista, pero señalaba también con claridad su criterio de fondo sobre la conveniencia de separar («material u orgánicamente, no moral o espiritualmente») la Acción Católica y la Acción profesional o social²⁶. Esta recomendación afectaba a la reorganización de la Acción Católica española que, en aplicación de las bases de 1926, estaba impulsando Segura. Pero las conclusiones de la Semana Nacional de Consiliarios y del primer Congreso Nacional de la Acción Católica, en noviembre de 1929, en contra de la recomendación de Gafo, y de acuerdo con el criterio de Nevares, defenderían la plena y explícita confesionalidad de los sindicatos católicos, y su plena integración en el conjunto orgánico de la Acción Católica. Así lo venía argumentando Nevares desde hacía tiempo, lo había planteado abiertamente en las bases de la Acción Católica española de 1926, elaboradas a instancias del primado Reig, y lo reafirmaba en sus informes a Segura y en sus intervenciones en el Congreso Nacional de la Acción Católica²⁷. Frente a la consideración de la cuestión social como una cuestión técnica, puramente económica, Nevares en su informe sobre Gafo, al recordar la doctrina de *Rerum Novarum*, afirmaba la raíz religiosa y moral de la cuestión social. Y, desde ahí, la

²⁵ Carta de Gafo a Segura, 4 de julio de 1928, *Archivo Nevares*, ob. cit., vol. IV, pág. 750.

²⁶ Carta de Gafo a Segura el 15 de enero de 1929, *Archivo Nevares*, vol. IV, págs. 753-755, en el conjunto de correspondencia entre Gafo y Segura publicada como apéndice ilustrativo de la posición de Gafo frente a la de Nevares.

²⁷ Véase el posicionamiento y la argumentación de Nevares, en «La Acción Católica y la Acción social obrera», *Crónica del 1.º congreso nacional de la acción católica española*, Madrid, Siglo Futuro, 1930, págs. 161-176; y «El consiliario en las organizaciones de obreros de todas clases», *Crónica de la 1.ª semana nacional de consiliarios diocesanos*, Tortosa, 1929, págs. 201-235.

específica aportación de la respuesta católica a la cuestión social, razón en último extremo de la confesionalidad irrenunciable.

El tono de las cartas de Gafo a Segura y el silencio o las respuesta prudentes de éste, en 1928 y primera mitad de 1929, parecen significar un cierto *impasse* o duda de Segura sobre la posición a adoptar. Probablemente la necesidad de aprovechar la oportunidad que significaba la implantación del régimen corporativo, que insistentemente argumenta Gafo, pesaba en el Primado. De hecho, en relación con los decretos sobre extensión del régimen corporativo al sector agrario, el Primado había remitido a los obispos una consulta en la que sugería la posibilidad de «desdoblar» el carácter mixto de los sindicatos agrarios de la confederación católica para adaptarlos a las exigencias electorales de la implantación de las corporaciones agrarias. Precisamente Nevares, en respuesta particular a una consulta del obispo de Orense sobre esta cuestión, le había manifestado su rotunda oposición a esa alteración del modelo «naturalmente» mixto de los sindicatos agrícolas, como la mejor forma de preservar el campo de la conflictividad social y la subversión revolucionaria. En la mentalidad católica de la época siempre se asocia la lucha reivindicativa con la agitación revolucionaria, el desorden moral y la descristianización²⁸. Pero el silencio de Segura a las demandas de Gafo no significaba un cambio de criterio. De forma privada había desaconsejado el combate de Gafo en el norte (provincias vascas) en pro de la unidad sindical católica en torno al modelo profesional. A la espera de una respuesta oficial de Roma se mantenía muy próximo a la postura de Nevares, en su defensa de la confesionalidad, y del grupo de jesuitas de *Fomento Social*, que estaban especialmente comprometidos en la organización de la Juventud Católica y de la Acción Católica en general²⁹.

Los «papeles privados» del cardenal Segura estudiados por Santiago Martínez Sánchez³⁰ confirman ampliamente el carácter personal, exclusivista en una dirección integrista contraria al Grupo de la Democracia Cristiana y a los partidarios de una confesionalidad mitigada, que imprimió el cardenal Segura a esta primera etapa de la Acción Católica española, que coincide con los últimos momentos de la dictadura y de la monarquía. La selección de colaboradores, sus recelos frente a los hombres del grupo de la democracia cristiana; su apego incondicional a la causa monárquica, totalmente identificada con la causa católica; su sorpresa e imprevisión ante la caída de

²⁸ La consulta confidencial del Primado a los obispos sobre la aplicación del Decreto de Corporación agraria, el 18 julio 1928, *Archivo Nevares*, ob. cit., vol. IV, págs. 717-719. Después de ponderar las ventajas y los inconvenientes de participar o inhibirse en el proceso electoral, se inclina por la participación, asumiendo las exigencias del desdoble del sindicato mixto con todo tipo de precauciones. La respuesta de Nevares al obispo de Orense Cerviño, el 6 de agosto de 1928, en *Archivo Nevares*, vol. IV, págs. 525-527.

²⁹ Por encargo de los superiores jesuitas Fomento Social se había constituido como un grupo especializado de estudios sociales integrado por los padres Nevares y Azpiazu. Dentro de sus objetivos se plantea el viaje a Europa para conocer y estudiar la organización de la Acción Católica. En *Archivo Nevares*, vol. III, se publican las crónicas y cartas que Nevares envía a los propagandistas españoles presentando los ejemplos alemanes. Fruto de esa observación es la publicación conjunta *Juventudes Católicas*, 3 vols. en la que tras el panorama europeo se reseñaba en el vol. III la incipiente realidad española.

³⁰ Santiago Martínez Sánchez, *Los papeles privados del cardenal Segura, 1880-1957*, Pamplona, Eunsa, 2004. Véase también la posición de Segura a través de uno de sus principales antagonistas, el canónigo asturiano Arbolea, en Benavides, *El fracaso social del catolicismo español. Arbolea Martínez, 1870-1951*, Barcelona, Nova Terra, 1973.

la monarquía; sus vacilaciones e incapacidad para orientar la posición política ante la nueva coyuntura.

POSIBILISMO Y ACONFESIONALISMO EN LA REPÚBLICA

La coyuntura republicana obligó a la Iglesia a cambiar sustancialmente sus planteamientos. Las nuevas bases de la Acción Católica española elaboradas en 1931-1932 son un buen reflejo de esos cambios: distinción clara entre la Acción Católica propiamente dicha (formación y acción apostólica sobre todo juvenil y femenina) y la acción sindical y política, que necesitan un grado de autonomía. Unido a ello, defensa del modelo sindical profesional defendido por Gafo, y rebaja de la confesionalidad explícita. Eran cambios acordes con la estrategia general accidentalista y posibilista planteada por Vidal y Tedeschini durante el primer bienio republicano. En contraste con la situación de la Acción Católica italiana, reducida en ese tiempo a la actividad meramente formativa, y protegida de la tensión recurrente con el régimen fascista mediante una mayor dependencia y cobertura de la jerarquía, la Acción Católica española en el tiempo de la República era, además de los partidos católicos, la principal plataforma de la Iglesia para defender sus posiciones en todos los terrenos, utilizando el marco de la ciudadanía legal, aplicando el principio de la distinción de planos, propugnado por Maritain: para la acción política, la CEDA; para la acción social y sindical, una confederación sindical obrera unitaria; para la formación y la defensa directa del ideal católico (la restauración social del Reino de Cristo, *Quas Primas*), la Acción Católica. Distinción de planos o división del trabajo que, en líneas generales, la Iglesia empieza a promover en el plano nacional, diocesano y parroquial con notable empuje en un clima no exento de tensiones y violencias, pero dentro de la normalidad del nuevo marco legal. Ahora bien, se trata de un proceso (por ejemplo, el intento de crear una confederación sindical obrera unitaria), que apenas había empezado a madurar en julio de 1936. Pero este despliegue de la Acción Católica española en el tiempo corto pero intenso de la República, bajo la presidencia de Herrera y los propagandistas, merece un estudio detenido, general y diocesano, en sus distintas ramas y actividades. Una encuesta apresurada pero significativa de Ángel Herrera, en abril de 1936, para una exposición universal de prensa católica en el Vaticano, revela indirectamente la vitalidad de esa Acción Católica, por otra parte en plena fase de reorganización e implantación.